

DON HERMÓGENES.

Lo ménos. Se vende toda seguramente.

(*Vase Pipi por la puerta del foro.*)

DON ELEUTERIO.

Pues con ese dinero saldremos de apuros; se adornará el cuarto nuevo; unas sillas, una cama y algun otro chisme. Se casa usted. Mariquita, como usted sabe, es aplicada, hacendosilla y muy mujer; ustedes estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con pálio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden; entre tanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya no hay que temer. Y sobre todo, usted saldrá colocado de hoy á mañana: una intendencia, una toga, una embajada; ¿qué sé yo? Ello es que el Ministro le estima á usted: ¿no es verdad?

DON HERMÓGENES.

Tres visitas le hago cada dia.

DON ELEUTERIO.

Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mujeres ya estarán...

DON HERMÓGENES.

Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

DON ELEUTERIO.

¿Y qué dice?

DON HERMÓGENES.

En uno de ellos puse por lema aquel célebrimo dicho del poeta: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.*

DON ELEUTERIO.

¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

DON HERMÓGENES.

Que bien; que ya está enterado de mi solicitud.

DON ELEUTERIO.

¡Pues no le digo á usted! Vamos, eso está conseguido.

DON HERMÓGENES.

Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe el episodio de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Bacco friget Venus*. Y entónces, ¡oh! entónces... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el cielo me conceda numerosa y masculina sucesion.

(*Vanse por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA,
DON SERAPIO, DON HERMÓGENES,
DON ELEUTERIO.

(*Salen por la puerta del foro.*)

DON SERAPIO.

El trueque de los puñales, créame usted, es de lo mejor que se ha visto.

DON ELEUTERIO.

¿Y el sueño del Emperador?

DOÑA AGUSTINA.

¿Y la oracion que hace el Visir á sus idolos?

DOÑA MARIQUITA.

Pero á mí me parece que no es regular que el Emperador se durmiera, precisamente en la ocasion más...

DON HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al cerebro...

DOÑA AGUSTINA.

Pero ¿usted hace caso de ella? ¡Qué tontería! Si no sabe lo que se dice... Y á todo esto, ¿qué hora tenemos?

DON SERAPIO.

Serán... Deje usted. Podrán ser ahora...

DON HERMÓGENES.

Aquí está mi reloj (*Saca su reloj.*), que es puntualísimo. Tres y media cabales.

DOÑA AGUSTINA.

¡Oh! pues aún tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente.

(*Siéntanse todos menos don Eleuterio.*)

DON SERAPIO.

¿Qué gente ha de haber? Si fuera en otro cualquier dia... pero hoy todo el mundo va á la comedia.

DOÑA AGUSTINA.

Estará lléno, lleno.

DON SERAPIO.

Habrà hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

DON ELEUTERIO.

Ya se ve: comedia nueva, autor nuevo, y...

DOÑA AGUSTINA.

Y que ya la habrán leído muchísimos, y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler, aunque fuera el coliseo siete veces más grande.

DON SERAPIO.

Hoy los Chorizos se mueren de frio y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la graciosa seis onzas de oro á que no tiénen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

DON ELEUTERIO.

¿Con que la apuesta se hizo en efecto? ¿Eh?

DON SERAPIO.

No llegó el caso, porque yo no tenía en el bolsillo más que dos reales y unos cuartos... Pero ¡cómo los hice rabiarse! Y que...

DON ELEUTERIO.

Soy con ustedes; voy aquí á la librería, y vuelvo.

DOÑA AGUSTINA.

¿A qué?

DON ELEUTERIO.

¿No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razon de lo que va vendido, para que...

DOÑA AGUSTINA.

Sí, es verdad. Vuelve presto.

DON ELEUTERIO.

Al instante. (*Vase.*)

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué inquietud! ¡Qué ir y venir! No pára este hombre.

DOÑA AGUSTINA.

Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

DOÑA AGUSTINA.

Pero ¿por qué la han de silbar, ignorante? ¡Qué tonta eres, y qué falta de comprensión!

DOÑA MARIQUITA.

Pues; siempre me está usted diciéndolo. *(Sale Pipi por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve á irse por la misma parte.)* Vaya, que algunas veces me... ¡Ay, don Hermógenes! No sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

DON HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo me tiene á mi impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

DOÑA MARIQUITA.

¡Suspirado, sí, suspirado! ¡Quién le creyera á usted!

DON HERMÓGENES.

Pues ¿quién ama tan de véras como yo?

¿Cuándo ni Piramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Seléncidas de Asiria sintieron jamás un amor comparable al mío?

DOÑA AGUSTINA.

¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Respóndele, bruto.

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

DOÑA AGUSTINA.

¡Me desespera!

DOÑA MARIQUITA.

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quién son esas gentes de quien está hablando? Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos; así que su hermano de usted coja esos cuartos, verá usted cómo todo se dispone; porque la quiero á usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y... ¿qué sé yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latín.

DOÑA MARIQUITA.

¡Pues, latín! Maldito sea su latín. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latín; y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores... Mire usted qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nos otros nos casemos ó no.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué ignorancia! Vaya, don Hermógenes,

lo que le he dicho á usted. Es menester que usted se dedique á instruir la y descortezarla; porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido más: ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregirlas (como usted habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas á fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increíble lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya; yo lo he dicho mil veces: para las mujeres instruidas es un tormento la fecundidad.

DOÑA MARIQUITA.

¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que...

DOÑA AGUSTINA.

Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

DON HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia; haré que copie á ratos perdidos el *Arte magna* de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los mártres dos ó tres hojas del *Diccionario* de Rubiños. Despues aprenderá los logaritmos y algõ de la estática; despues...

DOÑA MARIQUITA.

Despues me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño!

No, señor; si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta; sé guisar, sé aplanchar, sé coser, sé zurzir, sé bordar, sé cuidar de una casa; yo cuidaré de la mia, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues, señor, ¿no sé bastante? ¿Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la Gramática, y que he de hacer coplas! ¿Para qué? ¿para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y mujer sobre si la escena es larga ó corta; siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos están cabales ó no; si el lance á oscuras ha de ser ántes de la batalla ó despues del veneno, y manoseando continuamente *Gacetas* y *Mercurios* para buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para embutir con ello sus relaciones... Y entre tanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen; y lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece á usted que comimos el domingo pasado, don Serapio?

DON SERAPIO.

¡Yo, señora! ¿Cómo quiere usted que...

DOÑA MARIQUITA.

Pues lléveme Dios si todo el banquete no se redujo á libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobrò del dia anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el más desganado se hubiera engullido

un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

DOÑA AGUSTINA.

Esta es su canción; siempre quejándose de que no come y trabaja mucho. Menos como yo, y más trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusión de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

DON HERMÓGENES.

Sí, Mariquita, sí: en eso tiene razón mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro, y los experimentos cotidianos nos enseñan que toda mujer que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertación que leí á la Academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex, index é infamis*, que es decir: que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio, cuando para lo segundo basta sólo la costumbre de la mano. Y concluí, á satisfacción de todo mi auditorio, que es más difícil hacer un soneto que pegar un hombrillo; y que más elogio merece la mujer que sepa componer décimas y redondillas, que la que sólo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo ó un carnero verde.

DOÑA MARIQUITA.

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya

se ve, en comiendo versos, no se necesita comena.

DON HERMÓGENES.

Bien está, sea lo que usted quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido algún estrechez (*angustam pauperiem*, que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué dice el profano? ¿que no silbarán esta tar le la comedia?

DON HERMÓGENES.

No, señora; la aplaudirán.

DON SERAPIO.

Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

DOÑA MARIQUITA.

No, pues no decían eso ayer los que encontramos en la botillería. ¿Se acuerda usted, hermana? Y a qué más alto, á fe que no se mordía la lengua.

DON SERAPIO.

¿Alto? uno alto, ¿eh? Ya le conozco. (*Se levanta.*) ¡Picar ni ¡vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices. ¡Bribon! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. ¡Alborotador! que él fué el que tuvo la culpa de que silbaran la comedia de *El Monstruo más espantable del ponto de Calidonia*, que la hizo un sastre pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al...

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué tonterías está usted ahí diciendo? Si no es ése de quien yo hablo.

DON SERAPIO.

Si, uno alto, mala traza, con una señal que le coge...

DOÑA MARIQUITA.

Si no es ése.

DON SERAPIO.

¡Mayor gatallon! ¡Y qué mala vida dió á su mujer! ¡Pobrecita! Lo mismo la trataba que á un perro.

DOÑA MARIQUITA.

Pero si no es ése, dale. ¿A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente; que no tiene ni capa ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

DON SERAPIO.

Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera... ¡eh!... Pero el otro día ¡qué cosas le dijimos allí en la plazuela de San Juan! Empeñado en que la otra compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben ustedes (*Vuelve á sentarse.*) por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramirez, y allí se están retozando en el recibimiento con la criada; despues les saca un poco de queso, ó unos pimientos en vinagre, ó así; y luégo se van á palmotear como desesperados á las barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio: ya estamos prevenidos los apasionados de acá; y á la primera comedia que echen en el otro corral, zas, sin remision, á silbidos se ha de hundir la casa. A ver...

DOÑA MARIQUITA.

¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

DOÑA AGUSTINA.

Si, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos dias para que no le suceda un chasco. Él se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia, y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Ademas de eso, la dama de allá le quiere mucho; él va todos los dias á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre, nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche usted un poco de alpiste á ese canario. Don Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina, y vea usted si empieza á espumar aquel puchero. Y él, ya se ve, lo hace todo con una prontitud y un agrado que no hay más que pedir; porque, en fin, el que necesita es preciso que... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa y es tan servicial con todo el mundo... ¡Qué silbar!... No, hija, no hay que temer; á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben.

DON HERMÓGENES.

Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaria á imponer taciturnidad y admiracion á la turba más gárrula, más desenfrenada é insipiente.

DOÑA AGUSTINA.

Pues ya se ve. Figúrese usted una comedia

heroica como esta, con más de nueve lances que tiene. Un desafío á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una función de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado: figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

DON SERAPIO.

¡Toma si gustará!

DON HERMÓGENES.

Aturdirá.

DON SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

DOÑA MARIQUITA.

Y á mí me parece que unas comedias así debían representarse en la Plaza de los Toros.

ESCENA II.

DON ELEUTERIO, DOÑA AGUSTINA,
DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO,
DON HERMÓGENES.

DOÑA AGUSTINA.

Y bien, ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

DON ELEUTERIO.

Hasta ahora...

DOÑA AGUSTINA.

Deja; me parece que voy á acertar: habrá vendido... ¿Cuándo se pusieron los carteles?

DON ELEUTERIO.

Ayer por la mañana. Tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

DON SERAPIO.

¡Ah! y cuide usted (*Levántanse.*) que les pongan buen engrudo, porque si no...

DON ELEUTERIO.

Sí, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

DOÑA AGUSTINA.

El *Diario* y la *Gaceta* la han anunciado ya: ¿es verdad?

DON HERMÓGENES.

En términos precisos.

DOÑA AGUSTINA.

Pues irán vendidos... quinientos ejemplares.

DON SERAPIO.

¡Qué friolera! Y más de ochocientos también.

DOÑA AGUSTINA.

¿He acertado?

DON SERAPIO.

¿Es verdad que pasan de ochocientos?

DON ELEUTERIO.

No, señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, según me acaban de decir, no se han despachado más que tres ejemplares; y esto me da malísima espina.

DON SERAPIO.

¿Tres no más? Harto poco es.

DOÑA AGUSTINA.

Por vida mía que es bien poco.

DON HERMÓGENES.

Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo; porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino

respectivamente. Y así, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia con relacion á nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, tambien estos mismos tres ejemplares relativamente á uno componen una triplicada cantidad, á la cual podemos llamar mucho por la diferencia que va de uno á tres. De donde concluyo que no es poco lo que se ha vendido y que es falta de ilustracion sostener lo contrario.

DOÑA AGUSTINA.

Dice bien, muy bien.

DON SERAPIO.

¡Qué! ¡Si en poniéndose á hablar este hombre!...

DOÑA MARIQUITA.

Pues, en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde y que dos y dos son veinte y cinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán más que tres?

DON ELEUTERIO.

Es verdad; y en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, seis reales, cuando esperábamos montes de oro con la tal impresion. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura. (*Llorando.*) ¡Pobrecita de mí!

DON HERMÓGENES.

No así, hermosa Mariquita, desperdici

usted el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

DOÑA MARIQUITA.

¡Perlas! Si yo supiera llorar perlas, no tendría mi hermano necesidad de escribir disparates.

ESCENA III.

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMÓGENES, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA.

DON ANTONIO.

A la orden de ustedes, señores.

DON ELEUTERIO.

Pues ¿cómo tan presto? ¿No dijo usted que iría á ver la comedia?

DON ANTONIO.

En efecto, he ido. Allí queda don Pedro.

DON ELEUTERIO.

¿Aquel caballero de tan mal humor?

DON ANTONIO.

El mismo. Que quieras que no, le he acomodado (*Sale Pipi por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos, etc., y le pone sobre el mostrador.*) en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulias, ni cubillos; no hay asiento en ninguna parte.

DOÑA AGUSTINA.

Si lo dije.

DON ANTONIO.

Es mucha la gente que hay.

DON ELEUTERIO.

Pues no, no es cosa de que usted se quede

sin verla. Yo tengo palco. Vengase usted con nosotros, y todos nos acomodaremos.

DOÑA AGUSTINA.

Si, puede usted venir con toda satisfaccion, caballero.

DON ANTONIO.

Señora, doy á usted mil gracias por su atencion ; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primera tonadilla ; con que...

DON SERAPIO.

¿La tonadilla?

(*Se levantan todos.*)

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué dice usted?

DON ELEUTERIO.

¿La tonadilla?

DOÑA AGUSTINA.

¿Pues cómo han empezado tan presto?

DON ANTONIO.

No, señora ; han empezado á la hora regular.

DOÑA MARIQUITA.

No puede ser ; si ahora serán...

DON HERMÓGENES.

Yo lo diré (*Saca el reloj.*) las tres y media en punto.

DOÑA MARIQUITA.

¡ Hombre ! ¿qué tres y media? Su reloj de usted está siempre en las tres y media.

DOÑA AGUSTINA.

A ver... (*Toma el reloj de don Hermógenes, le aplica al oído, y se le vuelve.*) Si está parado.

DON HERMÓGENES.

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral...

DOÑA MARIQUITA.

Consiste en que está parado, y nos ha hecho usted perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

DOÑA AGUSTINA.

Vamos.

DON ELEUTERIO.

¡ Cuidado, que es cosa particular ! ¡ Voto á sanes ! La casualidad de...

DOÑA MARIQUITA.

Vamos pronto... ¿Y mi abanico?

DON SERAPIO.

Aquí está.

DON ANTONIO.

Llegarán ustedes al segundo acto.

DOÑA MARIQUITA.

Vaya, que este don Hermógenes...

DOÑA AGUSTINA.

Quede usted con Dios, caballero.

DOÑA MARIQUITA.

Vamos aprisa.

DON ANTONIO.

Vayan ustedes con Dios.

DON SERAPIO.

A bien que cerca estamos.

DON ELEUTERIO.

Cierto que ha sido chasco estarnos así, fiados en...

DOÑA MARIQUITA.

Fiados en el maldito reloj de don Hermógenes.

ESCENA IV.

DON ANTONIO, PIPÍ.

DON ANTONIO.

¿Con que estas dos son la hermana y la mujer del autor de la comedia?

PIPÍ.

Sí, señor.

DON ANTONIO.

¡Qué paso llevan! Ya se ve, se fiaron del reloj de don Hermógenes.

PIPÍ.

Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

DON ANTONIO.

Serán los del patio, que están sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande; y por otra parte, meter cuatro donde no caben más que dos es un despropósito; pero lo que importa es cobrar á la puerta, y más que revienten dentro.

ESCENA V.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON ANTONIO.

¡Calle! ¿Ya está por acá? Pues y la comedia, ¿en qué estado queda?

DON PEDRO.

Hombre, no me hable usted de comedia, (*Se sienta.*) que no he tenido rato peor muchos meses há.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué ha sido ello? (*Sentándose junto á don Pedro.*)

DON PEDRO.

¿Qué ha de ser? que he tenido que sufrir (gracias á la recomendacion de usted) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasion de escapar, y la aproveché.

DON ANTONIO.

¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

DON PEDRO.

Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamas á ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario, me llenan de, de... No, señor, ménos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio, y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mia, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del día con los antiguos, y díganme si no valen más Calderon, Solís, Rojas, Moreto, cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razon.

DON ANTONIO.

La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer á ella; pero, dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo, ¿sufre con paciencia ese espantable comedi6n?

DON PEDRO.

No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traía visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oír desatinos, tan garrafales como los de hoy jamas se oyeron.

DON ANTONIO.

¿Qué dice usted?

DON PEDRO.

Es increíble. Ahí no hay más que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverisímiles, episodios inconexos, caracteres mal expresados ó mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia ni de costumbres; no hay objeto moral, no hay lenguaje, ni estilo, ni versificación, ni gusto, ni sentido comun. En suma, es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los dias.

DON ANTONIO.

Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacen de las extravagancias.

DON PEDRO.

Pero ¿no es fatalidad que despues de tanto como se ha escrito por los hombres más doctos de la nacion sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices! ¿Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

DON ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué harémos? Reir ó rabiar: no hay otra alternativa... Pues yo más quiero reir que impacientarme.

DON PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios; el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

DON ANTONIO.

Con todo, cuando se ve que... Pero ¿qué novedad es ésta?

ESCENA VI.

DON SERAPIO, DON HERMÓGENES,
DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON SERAPIO.

Pipí, muchacho; corriendo, por Dios, un poco de agua.

DON ANTONIO.
¿Qué ha sucedido?

(*Se levantan don Antonio y don Pedro.*)

DON SERAPIO.
No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPI.
Voy, voy allá.

DON SERAPIO.
Despáchate.

PIPI.
¡Por vida del hombre! (*Pipi va detras de don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él y deja caer el vaso y el plato.*) ¿Por qué no mira usted?

DON HERMÓGENES.
¿No hay alguno de ustedes que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elixir, extracto, aroma, álcali volátil, éter vitriólico, ó cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

DON ANTONIO.
Yo no, no traigo.

DON PEDRO.
Pero ¿qué ha sido? ¿Es accidente?

ESCENA VII.
DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA,
DON ELEUTERIO, DON HERMÓGE-
NES, DON SERAPIO, DON PEDRO,
DON ANTONIO, PIPÍ.

DON ELEUTERIO.
Sí; es mucho mejor hacer lo que dice don Serapio.

(*Doña Agustina muy acongojada, sostenida por don Eleuterio y don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.*)

DON SERAPIO.
Pues ya se ve. Anda, Pipí; en tu cama podrá descansar esta señora...

PIPI.
¿Qué! Si está en un camaranchon, que...

DON ELEUTERIO.
No importa.

PIPI.
¡La cama! La cama es un jergon de arpillera, y...

DON SERAPIO.
¿Qué quiere decir eso?

DON ELEUTERIO.
No importa nada. Allí estará un rato, y veremos si es cosa de llamar á un sangrador.

PIPI.
Yo bien, si ustedes...

DOÑA AGUSTINA.
No, no es menester.

DOÑA MARIQUITA.
¿Se siente usted mejor, hermana?

DON ELEUTERIO.
¿Te vas aliviando?

DOÑA AGUSTINA.
Alguna cosa.

DON SERAPIO.
¡Ya se ve! El lance no era para ménos.

DON ANTONIO.
Pero ¿se podrá saber qué especie de insulto ha sido éste?

DON ELEUTERIO.

¿Qué ha de ser, señor, qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y mal intencionada, que... ¡Vaya! No me hable usted de eso, porque... ¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?

DON PEDRO.

No acabo de comprender.

DOÑA MARIQUITA.

Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mio, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla; cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Allí habia una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y despues un entierro... En fin, ello es que al cabo de esta tremolina salia la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre; el muchacho decia: Madre, déme usted pan; y la madre invocaba á Demogorgon y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre é hijo... El patio estaba tremendo. ¡Qué oleadas! ¡qué toser! ¡qué estornudos! ¡qué bostezar! ¡qué ruido confuso por todas partes!... Pues, señor, como digo, salió la dama, y apenas hubo dicho que no habia comido en seis dias, y apenas el chico empezó á pedirla pan, y ella á decirle que no le tenia, cuando, para servir á ustedes, la gente (que á la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumenta; suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de pal-

madas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecia sino que toda la casa se venia al suelo. Corrieron el telon; abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; á mi hermana se la oprimió el corazon, de manera que... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oido ni visto: en un instante, entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. ¡Válgame Dios! ¡En lo que har venido á parar tantos proyectos! Bien decia yo que era imposible que... (*Siéntase junto á Doña Agustina.*)

DON ELEUTERIO.

¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo don Hermógenes, usted bien sabe lo que es la pieza; informe usted á estos señores... Tome usted. (*Saca la comedia y se la da á don Hermógenes.*) Léales usted todo el segundo acto, y que me digan si una mujer que no ha comido en seis dias tiene razon de morirse, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea usted, lea usted, y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

DON HERMÓGENES.

Yo, por ahora, amigo don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama. (*Deja la comedia sobre una mesa. Pipi la toma, se sienta en una silla distante, y lee con particular atencion y complacencia.*) Estoy de prisa. Nos veremos otro dia, y...

DON ELEUTERIO.

¿Se va usted?

DOÑA MARIQUITA.

¿Nos deja usted así?

DON HERMÓGENES.

Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de ustedes, no me movería de aquí; pero...

DOÑA MARIQUITA.

No se vaya usted.

DON HERMÓGENES.

Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo. Tengo que hacer. En cuanto á la comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexión, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos...

DON ELEUTERIO.

¿Qué defectos?

DON HERMÓGENES.

Algunos que tiene.

DON PEDRO.

Pues no decía usted eso poco tiempo há.

DON HERMÓGENES.

Fué para animarle.

DON PEDRO.

Y para engañarle y perderlo. Si usted conocía que era mala, ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerías, ponderaba usted el ingenio del autor, y le persuadía que era excelente una obra tan ridícula y despreciable?

DON HERMÓGENES.

Porque el señor carece de criterio y síntesis para comprender la solidez de mis ratiocinios, si por ellos intentára persuadirle que la comedia es mala.

DOÑA AGUSTINA.

¿Con que es mala?

DON HERMÓGENES.

Malísima.

DON ELEUTERIO.

¿Qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

Usted se chancea, don Hermógenes: no puede ser otra cosa.

DON PEDRO.

No, señora, no se chancea: en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

DOÑA AGUSTINA.

Poco á poco con eso, caballero; que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que usted nos lo venga á repetir de ese modo. Usted será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero...

DON PEDRO.

Si usted es marido de esa (*A don Eleuterio.*) señora, hágala usted callar; porque aunque no puede ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de lo que no entiende.

DOÑA AGUSTINA.

¿No entiendo? ¿Quién le ha dicho á usted que...

DON ELEUTERIO.

Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya

ves (*Se levanta colérica, y don Eleuterio la hace sentar.*) cómo estás... ¡Válgame Dios, señor! Pero, amigo (*A don Hermógenes.*), no sé qué pensar de usted.

DON HERMÓGENES.

Piense usted lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de usted, y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque, como dice Platon y el abate Lampillas...

DON ELEUTERIO.

Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que usted me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con usted; si usted ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si usted me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si usted me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho usted creer que yo era un grande hombre, ¿cómo me dice usted ahora eso? ¿Cómo ha tenido usted corazón para exponerme á los silbidos, al palmoteo y á la zumba de esta tarde?

DON HERMÓGENES.

Usted es pacato y pusilánime en demasia... ¿Por qué no le anima á usted el ejemplo? ¿No ve usted esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir; vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir... ¡Oh, almas grandes, para quienes los chiflidos son arrullos y las maldiciones alabanzas!

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué quiere usted (*Levántase.*) decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar más. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez...

DON HERMÓGENES.

Lo que quiero decir es que estoy deprisa y me voy.

DOÑA AGUSTINA.

Vaya usted con Dios, y haga usted cuenta que no nos ha conocido. ¡Picardía! No sé cómo (*Se levanta muy enojada, encaminándose hacia don Hermógenes, que se va retirando de ella.*) no me tiro á él... Váyase usted.

DON HERMÓGENES.

¡Gente ignorante!

DOÑA AGUSTINA.

Váyase usted.

DON ELEUTERIO.

¡Picaron!

DON HERMÓGENES.

¡Canalla infeliz!

ESCENA VIII.

DON ELEUTERIO, DON SERAPIO, DON ANTONIO, DON PEDRO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, PIPÍ.

DON ELEUTERIO.

¡Ingrato, embustero! ¡Después (*Se sienta con ademanes de abatimiento.*) de lo que hemos hecho por él!

DOÑA MARIQUITA.

Ya ve usted, hermana, lo que ha venido á resultar. Si lo dije, si me lo daba el cora-